

## Conversaciones con mi Apellido: Nieto I en Cevico de la Torre

### Vidal Nieto Calzada



Te conocí cuando era niño en mi pueblo, Cevico de la Torre. Yo era uno de los tuyos, te llevaba en mi apellido. Lo había recibido de mi padre, Amado Nieto.

Empecé a ir con seis años a la escuela. Doña Ignacia fue mi primera maestra. Su figura, difusa en la nebulosa de los años, me trae sentimientos de ternura, amabilidad y cariño. Tenía que ser muy buena maestra y persona, porque su recuerdo es como una caricia y una sonrisa en mi infancia.

Allí en la escuela debí darme cuenta de que tú ibas asociado a mi nombre, formando un tandem de por vida.

Mi padre era ferroviario y se desplazaba cada día a Venta de Baños para trabajar duro en la estación, de enganchador. Primero, unos años, en bicicleta, después, otro par de ellos, con una moto Guzzi Hispania que se compró para dejar de dar pedales y quedarse sin resuello subiendo el Murallón.

Al final, un día de octubre de 1960, en la cabina de un camión, con lágrimas en los ojos y los muebles en la caja, emprendimos los cuatro el viaje, dejando para siempre nuestro pueblo, la calle el Puerto y el número 14 de la calle Nueva.

Tenía ocho años y dejaba allí los mejores años de mi infancia, los sueños, mis recuerdos, algunos amigos, a don José, el cura bueno del que era monaguillo, y lo más importante, a mi abuelo Abel con sesenta y tres años...

Durante muchos años tú seguiste viviendo en mí con mi nombre, y yo te seguí llevando y pronunciando, a penas sin darme cuenta o ser consciente. Te seguí escribiendo y contigo seguí firmando, inscribiéndome, registrándome, documentándome ante jueces, notarios, policías, profesores, curas, examinadores, tribunales... que me identificaban y llamaban al pronunciarte.

Eras como mi seña de identidad, mi segunda piel después de mi nombre. Así vivimos juntos y en paz sin inquietarnos, sin preguntarnos, sin conocernos poco más que en un par de generaciones.

Y pasaron los años, muchos, y la vida. Y se marchó mi padre, y me sentí huérfano a los cincuenta y cinco. Y quise saber de tí, de dónde venías hasta haber

llegado a él. Como un homenaje y muestra de amor a él, a su nombre y a tí que eras su apellido, con la certeza de que le gustaría, me hubiera animado y le habría interesado la tarea.

Quizá sin darme cuenta quise buscar en tí mis raíces, o en las ramas de tu Árbol la identidad de mi padre ausente, para sentirme hijo suyo renacido, fortalecido y cobijado bajo tu amplia y acogedora copa.

Consciente y agradecido heredero de su humilde stirpe. Devoto de la misma. Estudioso, conocedor y divulgador de tí, su apellido. Peregrino por los pueblos de los valles hermanos del Cerrato y del Esgueva tras tus huellas, impresas en los libros de los ayuntamientos donde se inscribieron las partidas de nacimiento de tus hijos. Curioso anotador, en los Archivos Diocesanos, de los libros parroquiales de los pueblos donde bautizaron, y se casaron, también donde murieron, los antepasados que te llevaron primero que nosotros junto a su nombre...

Para saber, para saberte y conocerte. Para saber de dónde vengo contigo de tu mano, a dónde te remontas y quiénes fueron y dónde vivieron aquellos que te escribieron con su nombre, y poder decírselo, escribírselo y dejárselo a mis hijas y a mi familia por si un día, quién sabe cuándo, como yo, quieren saberlo y conocer más sobre la muda seña de identidad que llevan consigo, adosada a su nombre.

Calera y Chozas, junio 2012